

Panorámica de la novela

Tres ramas bastardas

No creo que nadie pueda discutir la relación existente entre la novela y la religión y entre la novela y la sociedad. En efecto, cuando la novela alcanza su expresión artística más lograda es, indudablemente, cuando se halla directamente ligada con los problemas religiosos y sociales del hombre.

Sin embargo, diversas circunstancias han hecho que, en España y en todo el mundo, se haya desvirtuado fundamentalmente la esencia de la novela, dejándola reducida a un mero instrumento de diversión, cuando no de perversión.

Analizando fríamente, y fijándonos en el contenido, podemos señalar, en principio, tres ramas bastardas del tronco de la novela: novela de evasión, novela tremendista y novela erótica.

El mundo aséptico

Empecemos por la menos peligrosa de las tres, en gracia a su inoperancia: la novela de evasión.

Una obra literaria no puede, ni debe, eludir los problemas más acuciantes que se le presentan al hombre de nuestro tiempo. La novela tiene el deber de ser testimonio de su época y, además, intentar dar solución a los problemas planteados.

La novela de evasión adopta una actitud inhibitoria. Se desentiende de todo. Su único propósito es crear un mundo ficticio, aséptico, en el que los lectores se olviden de sus diarias, y aun eternas, preocupaciones.

Novela de escritores cobardes o ineptos. ¿Ejemplos? Los que se quieran. Es lo que más abunda. Para no ir más lejos, cójase la lista de los premios literarios del año y de cada tres, dos.

La carga emotiva

La novela tremendista es la degeneración del realismo, via naturalismo. Acentúa, colorea de recrudescidos matices los hechos de la realidad. Le apasionan los temas morbosos,

violentos, crueles. . Le importa la carga emotiva, la huella emocional directa. Vive hambreado el sensacionalismo. Una gran zona de nuestra novela está influenciada por esta tendencia.

Y lo peor es que la zona contaminada es la que corresponde a las más brillantes plumas del momento. Para muestra un botón. El autor actual de más acusada personalidad, de más amplios recursos técnicos, de más depurado estilo de la novelística española, cae de lleno en el tremendismo.

Me refiero a Camilo José Cela. Sus máximas obras: «La familia de Pascual Duarte», «Pabellón de reposo»... no me dejarán mentir.

Un fabuloso engaño

Y llegamos a la otra bifurcación. La novela de marcado tinte erótico.

Por fortuna, España se salva de este mal. Pero ahí tenemos a nuestra vecina Francia y a este fabuloso engaño de la publicidad que se llama Françoise Sagan — «Bonjour tristesse», «Un certain sourire», «Dans un mois, dans un an». y su último libro «Aimez-vous Bhrams?» ..—.

Novelas ligeras, frívolas, con un amargo poso de pesimismo. ¿Por qué el placer va seguido de tristeza?

Gocemos la flor del instante, nos apremian estas obras. ¿Para qué? ¡Si apenas nace se quiebra su débil estambre como la flor del heno!

¿De dónde aflora la amargura de la Sagan? Tenemos que remontar muchos siglos, en marcha atrás, para llegar hasta Boecio y su definición de la felicidad. Allí existe un índice larguísimo y desengañado de los bienes mundanos.

La felicidad no está en los honores, ni en las riquezas, ni en Venus Afrodita, efebos coronados de rosas, brillan y decadente de los festines romanos, saraos, fiestas, orgías. .

Fantasmas del placer y la dicha...

¡Doradas mentiras!...

JOSÉ M.^a SALVATELLA